

Fragmentos suspendidos:

Reflexiones sobre los ex tajamares del río Mapocho

*Suspended fragments:
Thoughts upon the embankments of the Mapocho River*

Felipe Lanuza R.

<Resumen>

A partir de una mirada sobre el fenómeno en tiempo presente que significa el abandono en que se encuentran estos restos arqueológicos, y su constitución en un territorio crítico e indeterminado en un particular contexto urbano; es que se ensaya una reflexión acerca de la construcción de un especial vínculo con los restos materiales de una historia que no ha sido inscrita en las dinámicas "oficiales" de nuestro habitar presente.

<Abstract>

The author has a particular view about the abandonment of these archaeological ruins and how this site became a critical and not determined territory in a particular urban context. The construction of a special link with the material remains a history that has not been registered in the "official dynamics" of our present dwelling.

<Palabras clave>

TAJAMARES / TERRAIN VAGUE / VACÍO / POÉTICA / DISCONTINUIDAD HISTÓRICA

<Key words>

EMBANKMENTS / WASTED LAND / VOID / POETIC / HISTORICAL DISCONTINUITY

Imágenes

Tomadas en junio del 2005 por el autor del artículo.

Agradecimientos

A Christian Matzner y Claudia Pino, del Consejo de Monumentos Nacionales, por su buena disposición y la información proporcionada. En especial a quienes han sido compañeros de viaje en las aventuras hacia las afueras que están al interior de nuestra ciudad.

Introducción

Hace ya más de cuatro años que reposan inermes a un costado del río, en el extremo poniente del Parque de los Reyes, de la comuna de Santiago. En un principio un lugar provisional para ubicarlos, ahora aparece como una locación cada día más definitiva.

El presente texto busca poner en relieve el fenómeno que implica la particular presencia en este lugar de estos fragmentos arqueológicos; y proyectar una mirada que vaya más allá de los ánimos conservacionistas y las críticas a presuntos responsables. Esto es detenerse en su condición residual, en su carácter crítico o desestabilizador para la ciudad y su orden; y en la disponibilidad abierta a un nuevo sentido que subyace en su abandono. No pretendiendo establecer definiciones acabadas sobre el tema o eventuales rumbos de acción, la idea es dar cuenta de otras variables, tal vez no muy evidentes, pero que permitan situar

el problema en una dimensión algo más completa. Ojalá sea esta una provocación, un punto de partida para discutir.

Antecedentes preliminares

Tras años de permanecer bajo tierra, el año 2002 marcó el inicio de una nueva etapa para estos tajamares. Desenterrados accidentalmente por una empresa italiana, que realizaba los trabajos conducentes a construir la autopista Costanera Norte; casi inmediatamente reubicados en el sitio donde están ahora. Las primeras voces solicitaban dejar esta obra de infraestructura que data de los últimos años de la época de la Colonia, y que tuvo como arquitecto a cargo a Joaquín Toesca (también originario de Italia), en su emplazamiento original. Los italianos de hoy no tardaron en demostrar la imposibilidad técnica de aquello, y se encargaron de trozar el hallazgo en módulos transportables y disponer su traslado a un sector apartado dentro de un



parque de la comuna de Santiago, el Parque de los Reyes. En medio de esto, los tajamares fueron rigurosamente rotulados para poder ser “reconstruidos” luego de una estadía pasajera en ese lugar. Inclusive, existía un acuerdo en el que la concesionaria extranjera debía no sólo trasladarlos, sino cuidar de ellos y ponerlos en valor, buscando un sitio definitivo para poder reconstruirlos y hacer el llamado “Museo de las Aguas”. Éste sería el testimonio histórico de la presencia de esta gran obra de infraestructura que ayudó a domesticar el río, y que sirvió como lugar de recreación y encuentro social para los santiaguinos de inicios del siglo antepasado.

Luego de ser trasladados y cubiertos individualmente con negras bolsas plásticas, no hubo quien se ocupara de estos bloques. La empresa constructora adujo no tener responsabilidad y no cumplió con lo solicitado. Podríamos decir que un gran operador ha dejado una suerte de pequeño negocio pendiente, un negocio residual. Asunto en que en general se coincide tanto con respecto a su importancia, como con respecto a, lo que es hasta el momento, una nula voluntad o capacidad de resolver.

Con el tiempo las bolsas protectoras fueron víctimas del rigor del clima, y seguramente de hurtos; y también de travesuras, dada su cualidad de inflamables. Con ello, estas piezas arqueológicas fueron quedando desnudas, con algunos restos de plástico negro achicharrado

y adherido a su superficie. Se han ido desgastando rápidamente, como si al estar fragmentados, fuera de su lógica compacta, de resistencia al río, éstos perdieran solidez. Se deshacen al punto de que hay ladrillos que se pueden retirar con la mano.

Modo de aparecer

Una manera de aproximarse al asunto es desde el valor patrimonial que conforman estos antiguos bloques de ladrillo. Es el mismo discurso que aquel surgido al momento de su desentierro. Sin embargo han pasado algunos años y considero pertinente incorporar una segunda mirada, que es sobre su presente, sobre su condición actual. Qué significan para la ciudad los antiguos tajamares dispuestos en el rincón de un parque al lado del río; cómo se revelan a la experiencia de los habitantes.

Para Walter Benjamin, existe una especial expresión, propia de aquellos elementos que han quedado al margen del proceso histórico como progreso. No como una historia vigente e incorporada en el presente, tanto funcional como simbólicamente; sino aquel lado residual, que tiene la condición material de la ruina. La ruina como lo artificial caduco que ha recaído en la naturaleza. Es el concepto de alegoría, que según Benjamin, corresponde a una lectura sobre fragmentos despojados de sentido actual; lectura que busca una interpretación sobre una historia

que aparece como pregunta enigmática, ante un objeto incompleto, un elemento que hace referencia a un total ausente, aparentemente imposible de determinar. Una aproximación que no nos remite a una totalidad articulada en un discurso histórico dominante; con su respectivo correlato en la ciudad y en los espacios que habitamos en forma cotidiana. Podríamos, entre paréntesis, comprender estos últimos como los lugares de la historia en tanto sustento de identidad; un pasado con sentido presente que nos proyecta hacia adelante como sociedad, que se materializa en un espacio habitable. Es el caso, por ejemplo, de la Plaza de Armas de Santiago.

En cambio, los ahora ex tajamares del río Mapocho son hoy fragmentos suspendidos: remiten a un contexto temporal anterior, a un contexto físico que no corresponde al lugar en que están, a una función que ya no cumplen, y encima a una estructura de cuerpo que se ha perdido. No se ha proyectado y construido un lugar a partir de ellos para reinscribirlos en nuestro hábitat... aparecen como objetos extraños, discontinuos. Somos capaces de reconstruir y situar estos despojos en su rol y consiguiente valor histórico, atribuyéndoles un significado patrimonial; sin embargo esto contrasta crudamente con su condición real y concreta, que se arrastra hace años, y que sigue su curso. Palabras y no hechos; y la ciudad de las experiencias se vive a partir de hechos concretos, habitables.

Como hecho, entonces, estamos ante ruinas, descontextualizadas, que constituyen una de las tantas fisuras en nuestro espacio presente, aquellas que aparecen en los territorios abandonados, apartados de las dinámicas contingentes de la urbe. Muchas de las personas que hoy pasan por el lado de estos bloques probablemente no sepan su origen, otras pueden tener una idea más o menos vaga. Por un lado está la posibilidad de reestablecer una coherencia con estos fragmentos, en un sentido patrimonial si se quiere, que es lo que se ha venido hablando. Darles un lugar más digno, lleno de alusiones a su importancia histórica, poner placas conmemorativas, reconstruir de alguna manera (si se puede) su forma o secuencia original. No dejar que nadie se suba a ellos; eventualmente restaurarlos, o al menos detener su deterioro. Inscribirlos, en definitiva, en el espacio museal.

Existe otra alternativa, que es la que nos proporciona su condición de signo abierto. En el espacio conformado por estos despojos, el pasado comparece como hipótesis, como posibilidad; y el porvenir como incertidumbre. El no saber qué sucederá, o el simple vacío que implica su ausencia de sentido, dirige la



pregunta en ambos sentidos de la línea del tiempo. Sin embargo, es una interrogante en tiempo presente, a disposición de quien quiera acercarse a este territorio incierto. Es la dimensión habitable de lo extraño o de lo ausente, pero a la vez de aquello que está abierto a una reinterpretación, a una reconstrucción que en su discontinuidad con la ciudad en términos de construcción coherente con un hábitat; permite articular otros significados posibles. Estos descansan en el acto mismo y espontáneo de recorrer, contemplar, habitar estas ruinas en forma desprendida a estructuras o connotaciones que no sean las que descansan en cada individuo.

“El sitio de la verdad no es ya el saber, y para el sujeto, la memoria voluntaria y la conciencia, sino el pensamiento o la memoria involuntaria que ofrece una chance a la meditación. Ahora, las colecciones de fragmentos, por lo tanto una cierta escritura poética –la escritura alegórica– constituyen por excelencia el lugar de la verdad. El medio de la contemplación no es ya el saber, es la memoria. Pero es una memoria desmovilizada, desprendida, desconectada de las finalidades de la voluntad y por lo tanto de toda Figura”.

Déotte, Jean Louis. Catástrofe y Olvido; pág. 183.

Ignasi de Solá y Morales dice de alguna forma que los *terrain vagues* son los lugares de

la libertad, válvulas de escape al vértigo de la ciudad contemporánea; ubicados en espacios desafectados de las dinámicas urbanas. Mucho de esto está contenido en el fenómeno al que estamos observando. Un *terrain vague* producido gracias a la disposición de estos elementos en un espacio determinado; lo que se convierte en un espacio indeterminado, abierto. Una acción colateral producto del progreso de la ciudad, poniendo en evidencia aquello que hace ya tiempo quedó fuera de tal progreso. Un lugar que surge como residuo material de un conflicto cultural y político irresuelto: un lugar en *stand-by*.

Continuidades subyacentes

Aparentemente, el caso que observamos surge en forma casual, accidental. Sin embargo, un análisis algo más detenido de la situación y su entorno darán pistas para establecer algunas coherencias implícitas; dando cuenta con ello de que la descontextualización de estas piezas es sólo relativa. Esto para finalmente caracterizar el fenómeno dentro de un territorio mayor del que forman parte.

La disposición de los bloques, en hileras paralelas, conserva, por un lado una coherencia con la noción lineal de los tajamares; así como también su ordenamiento en módulos (no del todo regulares a estas alturas), alude a cierta lógica constructiva

a partir del ladrillo: una pieza que en ese entonces distaba mucho de la regularidad y estándar de los módulos en seriados de origen industrial a los que estamos acostumbrados hoy. Estos grandes bloques, sin embargo, son como piezas dispuestas y en posición expectante para un orden posible. Un “estado cero” que aún contiene aquella cualidad provocadora propia de algo que surge como transitorio o efímero, pero que nos remite a su vez a lo permanente o intemporal.

La elección de este sitio para dejarlos, seguramente obedeció en buena medida a los criterios de la comodidad y la eficiencia; aparte de la coherencia directa con su origen que le daba la cercanía con el río (argumento que esgrimió en su momento el Consejo de Monumentos Nacionales). Sin embargo y además, surgen otras relaciones que construyen una pertinencia a su emplazamiento actual; y probablemente, parte de una explicación al hecho de su persistencia en ese sitio. El Parque de los Reyes, hasta hace no muchos años, era un territorio periférico; una suerte de vacío lineal, paralelo al río. Su origen obedece al antiguo anillo de circunvalación ferroviaria de la ciudad. Emplazamientos del transporte y de la producción que al momento de quedar obsoletos se transformaron en basurales, en peladeros con ruinas y vagones de carga dispersos en el paisaje. Vacíos urbanos correspondientes a la etapa industrial a la urbe, que en muchos puntos de Santiago



siguen resistiéndose a la desaparición. Tal es la historia enterrada bajo este parque.

Yendo en forma precisa al sector donde están los ex tajamares, éste es parte de un lugar consecuente con una huella pasada que no tiene expresión material, sólo espacial: es la línea de tren que bordeaba el río. El proyecto del parque, en este punto, recoge esta vocación y con ello permite configurar un terreno que es capaz de recibir la visita de estos bloques desenterrados, ordenados del modo ya descrito. Existe una tensión entre la linealidad de la huella y la disposición aproximada a su forma original de estas piezas. El origen de un lugar enterrado, latente en una huella presente como la forma de un vacío, es capaz de acoger ahora los fragmentos de un lugar desenterrado no muy lejos de allí. Obviamente, el río determinó, la construcción de los tajamares, así como también un límite natural para la ciudad de Santiago. Esto a su vez fijó el trazado de la parte norte del anillo de circunvalación industrial y ferroviaria de la incipiente metrópoli de principios del siglo pasado. Posteriormente pasó de periferia productiva a periferia improductiva. Un vacío marginal al borde del río.

En síntesis, hay una cierta condición residual que habita en este espacio y que se conecta fuertemente con la situación actual de estos bloques de origen colonial; a esto sumar la cercanía del río, que paradójicamente sigue determinando su orden y locación. Sea como elementos necesarios en un primer momento, o inservibles como hoy. Existe una coherencia, una pertinencia al río en tanto origen. También

una pertinencia en tanto objeto obsoleto en un territorio que pasó por un fuerte período de obsolescencia, determinado a su vez por el río como límite o margen de la ciudad. Incluso hoy, este sector tiene cierta cualidad marginal, no sólo por el uso que puedan darle los vagabundos o delincuentes; sino por su especial ubicación, en el extremo que separa el parque con uno de los territorios más externos, subutilizados, complejos y fascinantes de la ciudad. Desplazando el foco hacia el poniente, comienza a aparecer una amplia zona, de márgenes difusos e imprecisos; que surge como un gran vacío al interior de la urbe. El cauce del río, enormes explanadas en desuso, terrenos y edificios correspondientes a la antigua industria y al ferrocarril de circunvalación por el lado sur del Mapocho, grandes autopistas urbanas que cruzan de lado a lado, industrias por el lado norte. Un territorio en que se puede tener una visión panorámica de la ciudad vista desde su reverso. Un lugar fuera del Santiago productivo de hoy, en cuyo borde se han situado, casi como una puerta, o más bien como una procesión de entrada, estos ex tajamares del río Mapocho.

Aquí parece tener lugar todo aquello que ha quedado fuera de la ciudad presente, un territorio donde se depositan los deshechos y las incertidumbres. Dimensión de lo marginal, de lo dispensado por el presente. Tan complejo y denso como vacío. Una ausencia de presente positivo que es un fenómeno, un paisaje que tiene cabida en las fisuras de una ciudad contemporánea autorreferente, a modo de una realidad paralela. Esta esquina nor-poniente

de la comuna de Santiago es, efectivamente, un lugar de convergencias extrañas. Ante esto, no es raro que estos fragmentos desenterrados cerca de la Estación Mapocho hayan llegado ahí, aparentemente para quedarse. Incluso, aparece como casi razonable, sobre la huella de una desaparecida línea de tren y con su ordenamiento lineal en módulos consecutivos.

Algo importante de agregar en este punto, es que están disponibles a una relación con los habitantes que van al parque. Están ubicados en el espacio público, de tal forma que la gente se puede aproximar y establecer un renovado vínculo con ellos; en esto consiste su vigencia actual. Se abre una mirada a la historia y el presente de Santiago; que recoge la potencia evocadora y provocadora que se anida en estos territorios que la ciudad funcional soslaya, y que nos conectan con una dimensión ausente de la misma. En esto consiste asimismo el valor potencial de un proyecto transformador, con respecto a las nociones más bien museísticas que han apuntado hasta ahora al problema.

Para una reconstrucción poética

En la idea de Walter Benjamin de una lectura alegórica sobre las ruinas y fragmentos del pasado, está contenida una aproximación poética. Sobre un texto fragmentado, ruinoso, se reconstruye una interpretación que no alude a una totalidad mayor que da un sentido histórico y reinscribe la ruina en un espacio significativo en el presente. En el estado



actual, los ex tajamares, en lugar de ser ruinas románticas, son ruinas críticas. Un lugar crítico además desde el punto de vista de su uso. Lo marginal y lo espontáneo escapa de un pretendido control y determinación coherente del espacio para una forma de habitar. Esto explica la naturaleza provocadora de su emergencia, el sentido de libertad y desahogo que comporta este tipo de territorios olvidados.

Tal vez la riqueza de un espacio público que se proyecte en relación a estos silenciosos elementos radica en recrear este modo de aparecer; que sin duda es consecuente con un sentido poético y abierto, como el que plantea Benjamin a modo de aprehender la historia desde su faz caduca. Podemos comprender esta lectura como las líneas a trazar en un posible proyecto para habitar entre estos grandes trozos de tajamar, para explotar su potencial. Algo de esto está implícito en los recorridos y acciones que ya se despliegan en forma natural por parte de quienes se acercan hoy a ellos. En esta aproximación libre y espontánea a los ex tajamares, subyace algo del sentido poético señalado por Benjamin, y que toma cuerpo en el acto de habitar. La ausencia de un sentido establecido, en tanto proyecto o constructo de un espacio, permite una apertura: una reinterpretación individual a partir del recorrido, la contemplación, la reflexión o el juego. Un sentido que cada quien deposita en este lugar y que con ello lo cualifica. Estos fragmentos de un pasado no inscrito en nuestro hábitat funcional al presente corresponden a aquello que ha quedado fuera de una construcción material y significativa de la historia de Santiago.

El desafío sería: ante un afán por generar identidad histórica en nuestra sociedad, tendiente a conservar y poner en valor los elementos constitutivos del pasado, poder dar cabida a esta condición abierta. La intención de reflotar la idea latente del “Museo de las Aguas”, que es una de las tareas prioritarias del Consejo de Monumentos Nacionales en el mediano plazo, es una oportunidad en este sentido. Estamos de acuerdo que, considerando el valor arqueológico e histórico de las piezas, es necesario incorporar medidas para evitar su deterioro; pero... ¿cómo establecer una necesaria conexión con la historia de la ciudad, pero de un modo abierto e indeterminado, respetando de esta forma la esencial discontinuidad que ahora caracteriza a estos fragmentos respecto al actual proyecto de la misma? ¿Cómo es un museo que no atrapa, sino que es capaz de dejar libres a las piezas que contiene? ¿Puede un proyecto de arquitectura ser capaz de integrar esta complejidad?

Jean Louis Déotte sugiere que a los museos hay que visitarlos de noche; o hacer que éstos sean, de alguna manera, fracturados. De esta forma se da lugar a la memoria involuntaria de la que habla Benjamin, la que ofrece una chance a la apropiación poética de sus piezas, en ausencia de una continuidad histórica preestablecida. Continuidad que en la ciudad toma la forma de lugares articulados con las dinámicas contingentes de la misma, formando parte de una totalidad más o menos coherente en cuanto a uso y significado. A esto se opone el vacío y la indeterminación que comportan

los *terrain vagues*. Emergen como lugares de la alteridad y el conflicto: el espacio que conforman los ex tajamares del Mapocho comparten esta condición. Redescubiertos hace poco, nos vinculan con aquel Santiago ausente que permanece enterrado bajo nuestros pies, bajo nuestro presente; y que sale a flote, irreductible, a través de las grietas del proyecto de la ciudad contemporánea.

Fuentes bibliográficas

- Benjamin, Walter. Origen del drama barroco alemán. Ed. Taurus, Madrid. 1990.
- Careri, Francesco. Walkscapes, el andar como práctica estética. Ed. Gustavo Gili, Barcelona. 2002.
- De Solá y Morales, Ignasi. Territorios. Ed. Gustavo Gili, Barcelona. 2002.
- Deótte, Jean Louis. Catástrofe y Olvido. Ed. Cuarto Propio, Santiago 1998.
- Heidegger, Martin. Conferencias y Artículos. Cáp.: Poéticamente Habita el Hombre. Ed. Serbal, Barcelona. 1994.
- Oyarzún, Pablo. La Dialéctica en Suspense: Fragmentos Sobre la Historia. Ed. Arcis/Lom, Santiago. 1995. (Traducción y comentarios del autor sobre textos de Walter Benjamin).